

La farsa y la gloria

Marco T. Aguilera

Don Pedrolleras vive lleno de proyectos. Un viaje al Himalaya, por ejemplo. Cuando no resulta, sencillamente desaparece y hace creer —eso supone, el pobre tipo— a sus amigos que estuvo en cuerpo y alma en la cima del mundo. A nadie sorprende. A nadie engaña. Su farsantía es pública y se la soporta como se soportan los accidentes del clima. Por eso cuando recibió una invitación —una invitación auténtica— a dictar una conferencia en París, supo que había llegado el momento de la venganza. La hora de hacer justicia a la alta opinión que tenía de sí mismo y que no todos sus amigos compartían (lo que en verdad es, vale la pena revelarlo, un eufemismo: en la oficina donde trabaja —donde trabajamos— priva la idea generalizada de que Pedrolleras es, simple y llanamente, a más de un farsante de ley, un mediocre con aspiraciones, un platanazo, un pelmazo, un insufrible. Hay que hacer la salvedad de que tiene algunos méritos que por el momento vamos a soslayar.) Hecha la dolorosa y sin duda insultante pero necesaria aclaración, procedamos. Antes hagamos una subaclaración: la palabra *amigo* en el diccionario y en el mundo del lenguaje cotidiano tiene un significado diametralmente opuesto para el común de las gentes al que le asigna don Pedrolleras. Para nuestro personaje *amigo* quiere decir “persona importante a la que yo en alguna oportunidad le hice un favor que tarde o temprano me va a pagar con creces.” (El favor naturalmente es ficticio, pero en la memoria inmediata de Don Pedrolleras, tan real como la existencia de la tierra, y el pago que se le debe a tan ínclita persona, una especie de maldición irredimible.) Entre sus *amigos* se cuentan los grandes nombres de la literatura, presidentes, gobernadores, rectores, senadores de la república y la plana mayor de la intelectualidad mundial.

Volvamos a París. Nunca se puso a pensar Don Pedrolleras si en realidad tenía algo que decirles a unos señores que imaginaba encorbatados, con gznés de maricas o corbatines al estilo Turbay, envueltos en efluvios de colonias caras, bajándose de sus Rolls Royce o de sus BMW, tal vez con bastones con empuñaduras en forma de hocicos de perros y mujeres altas, hermosas y trastabillantes, ebrias de champaña y cocaína, eructando caviar y perdices afganas almendradas.

El único y poco leve inconveniente era el hecho de que —invitación algo extraña— Don Pedrolleras debía buscar financiación para los gastos de viaje,

hotel y alimentación. Antes de haber conseguido los tres mil dólares que necesitaba, pregonó en la oficina lo del alto honor que se le hacía. ¡El Banco Interamericano de Desarrollo le pedía una conferencia en París! Sacó cinco fotocopias de la invitación y las colocó en carteleras. Comenzó su peregrinaje en busca de fondos. Visitó al director de investigaciones. El doctor Bontraris, su *gran amigo*, que había pasado la vida torturando conejillos de indias con la intención de investigar en ellos por qué a veces los seres humanos se deprimen sin razón, fue el primero de la lista. El doctor Bontraris le dijo escuetamente que era imposible. Visitó al secretario del rector, quien muy amable, acariciando su mano paralizada, le dijo que se ocuparía personalmente del asunto, y de paso le pidió prestado un libro de Saramago porque su esposa estaba interesada en leerlo (Pedrolleras *siempre* tiene en su biblioteca los libros de moda. Eso se sabe.) Pasaron los días, menudearon las visitas a los *amigos* y el dinero no llegó. Finalmente Pedrolleras rompió el cochino y logró juntar la cantidad necesaria. Tramitó la visa, que le fue concedida con enorme facilidad ante la pomposa carta del Secretario del BID, Marcelo Ferdinand. Marcelo Ferdinand, que de anónimo corresponsal fue elevado a la dignidad de *amigo* de Pedrolleras, no escatimaba elogios a la alta dignidad del intelectual y valor civil de nuestro personaje (hay formas de engañar a distancia y Don Pedrolleras, más que cualquiera, lo sabe: su página web no le pide nada a la de un Premio Nobel o a la del pitcher de los New York Yankees). Arregló pues sus cosas Pedrolleras y tomó un avión de Air France, que lo puso en el aeropuerto Charles De Gaulle en diez horas de espléndido viaje en el que coqueteó ostentosamente con una azafata no del todo estropeada por los viajes y sus curiosos y no siempre refrescantes avatares. (Los detalles y los adjetivos provienen de las infidencias posteriores del aguerrido conferencista en una especie de rueda de prensa que ofreció a la hora del café.) Pedrolleras recurrió a los viejos casetes de la Alianza Francesa y durante todo el viaje estuvo practicando las frases más usuales. Antes, en su casa, había mandado varios *emilios* a sus amigos —dos atorrantes como Pedrolleras, que habían llevado su farsantía hasta los bordes mismos del Arco del Triunfo— para que prepararan la recepción. La verdad, tuvo que confesarles Pedrolleras, es que no podía llegar a un hotel de cinco estrellas, ni siquiera de dos, sino que necesitaría de la misericordia de los amigos, de una esquinita en un sillón de la sala de la casa de Gerardo Martínez, corresponsal de AOL en París, o de una buena alfombra donde Eusebio Peláez, cuyo apartamento en la Rue de Saint Peres, podría ser un pequeño palacio o simplemente un cuarto de buhardilla. No se sabe. Solicitó encarecidamente a Gerardo o a Eusebio que lo recibieran en el aeropuerto. Ni uno ni otro se comprometieron. Gerardo le contestó un *emilio* en los siguientes términos: “26 de febrero de 1999. Querido Pedrolleras: El tiempo pasa veloz. Esta ciudad está maravillosa, el clima cambia, es mucho más benévolo que en mis buenos

tiempos. La vida intelectual es tensa y hay muy buena literatura circulando, tanta que no da tiempo para explorarla. A eso se agregan novedades y reediciones de todo tipo, que enloquecen a curiosos como tú y yo. De modo que mi cerebro está en funcionando a marchas forzadas y renovado. Las muchachas que se ven por las calles son bastante efectivas, por decirlo de alguna forma, y capaces de ofrecerte el paraíso a cambio de una botella de White Label. Sus perfumes, sus abrigos y su ropa, sus rostros, sus cabellos largos, son una maravilla, un regalo para este exiliado permanente que ve transcurrir sus años hacia el crepúsculo en la ciudad que más ama. Camino mucho tiempo por las calles llenas de leyenda, por las zonas históricas, embebido de pasado... Una ciudad totalmente literaria apta para un paisa como yo. Voy a bares de moda y aunque ahora me porto mejor, siempre me pierdo... Cargo mi portafolios lleno de revistas y suplementos, obras inéditas y en proceso. ¿Ya leíste la novela que te mandé por correo electrónico? Espero tu juicio como el de Dios. La verdad es que esta profesión es bastante miserable: cuando crees que has tocado el cielo, descubres que sigues siendo un perro de carnicería o un pobre borracho bajo unas escaleras. Hablamos de ti con Eusebio Peláez en el café Le Nemours, cerca de Palais Royal y estuvimos de acuerdo en que seguimos esperando tu gran obra. Más allá de tus prólogos se adivina el parpadeo de la novela del siglo — Pedrolleras suspendió la lectura. ¿Estaría burlándose el buen Gerardo—. Sigue escribiéndome. Seguro te contaré muchas cosas.”. Y eso fue todo. No dijo que lo alojaría, *comme il faut*, previa recepción en el aeropuerto, en su casa. La respuesta de Eusebio Peláez fue más directa: “En cuanto a tu venida acá, siento que no dispongas de una invitación como la que mereces. Me parece que los del BID son unos tacaños. ¿Qué son esas invitaciones en las que no te pagan el pasaje ni hotel? Respondo a tu pregunta: hay varias maneras de llegar a París desde los dos aeropuertos. Ya te explicaremos Gerardo o yo cuando llegue el momento. Una de las frustraciones de la vida parisina es que los apartamentos son muy pequeños; otra, la ausencia de esa maravillosa institución que se llama muchacha de servicio, y que en nuestro país hasta los pobres pueden pagar. Lástima que yo no disponga de un gran apartamento y de una de esas agraciadas y serviciales muchachas, circunstancias que me permitirían practicar las leyes de la hospitalidad como quisiera”. Fin.

De modo que sin guía, sin alojamiento y sin mapa fue llegando don Pedrolleras a las 2: 30 de la tarde al aeropuerto Charles Degaulle entre el encanto y el terror, y con los pocos dólares que había podido conseguir bien adheridos a la base del calcetín izquierdo, dispuesto a defenderlos hasta la muerte para que le duraran exactamente quince días. Sabía que París además de ser una fiesta era una de las ciudades más caras del mundo, pero confiaba en su espíritu de proletario y en su reconocida capacidad para exprimir piedras.

La vida lo había hecho subir poco a poco y ya tenía a su haber varias glorias: no solo un buen cargo en la universidad, sino media docena de prólogos y casi veinte conferencias de los más variados temas. Tenía sus méritos. Hay que repetirlo. Y no obstante seguía siendo soldado de infantería. En París no era o no iba a ser más que un inmigrante africano sin pan y sin lecho si pronto, muy pronto, no encontraba un abrigo generoso y quien lo alimentara sin preguntarle dónde estaba la gloria que tanto había pregonado en cartas y la fortuna que había cacareado por medio de correos electrónicos (la verdad es que la fortuna, la fortunita, existía, pero estaba hipotecada y a nombre de un sobrino — solterón, Don Pedrolleras por algún designio financiero o hacendario prefería no poner su nombre en ningún documento oficial—, la fortunita estaba constituida por dos casas, una incluso impresionante, y dos vehículos, el Chevy del año y una vieja *pick up* marca Dodge). Incluso con todo ese aliño financiero en París no seguía siendo más que un pobre colombiano como tantos otros, un colombiano expósito, que podría terminar aterido de frío en una estación del metro si pronto no encontraba quien reconociera el gran talento viajero y le diera su lugar.) ¿Lo primero? Encontrar a Gerardo o a Eusebio Peláez y esperar que ellos se adelantaran a ofrecerle su casa (tal vez que se hubieran arrepentido de su parquedad.) Con gran dolor y apretando las nalgas Pedrolleras cambió sus primeros dólares y tuvo en sus manos monedas para hacer las llamadas correspondientes. Buscó, haciéndose líos con sus maletas (¡el pobre!: siempre viaja, en la imaginación antes, y en la realidad ahora, como si fuera al fin del mundo, con cantidad enorme de zapatos, tenis, ropa abrigada, diez libros que ni siquiera ojea y una tablita de escribir para registrar los eventos de su vida cosmopolita. Muy en secreto lleva también pan de caja, mayonesa y jamón). Buscó, haciéndose líos con las maletas, su agenda telefónica. Una vez que la tuvo en sus manos fue a la caza de un aparato y ya al frente de él, rastreó la ranura que serviría como la llave de oro de París. No, no había ranura. Donde fueres espía lo que vieres, se dijo cediendo el lugar a una tipa de casi dos metros de estatura (don Pedrolleras mide un metro setenta y cinco, pero con sus zapatos especiales —que son los que ahora monta— alcanza la respetable estatura de un metro setenta y cinco), con una nalga tatuada completamente expuesta la hembra, en la que había una especie de poema de amor en inglés que habría traducido sin tener que inclinarse demasiado ostensiblemente, si la letra del tatuador no hubiera sido tan retorcida (hay que decir que don Pedrolleras efectivamente habla inglés, aparte del francés del Método Alliance —aclaremos, podía hablarlo con la directora de la Alianza de Bogotá. Pero una cosa era lo que imaginaba saber Pedrolleras y otra lo que en verdad sabía. Y una cosa era hablar con la directora de la Alianza, Ligye de Shuyter, y otra hablar con los franceses de la vida real que no tendrían miramientos ni observaban las reglas del correcto francés de academia. Observó

cuidadosamente don Pedrolleras cómo hacía la gigante para llamar y vio que ella introducía una tarjeta en una ranura casi invisible. ¡Ah jumento!, si el telefono era de tarjeta, de modo que con su maletario a cuestas se dio al trabajo de buscar una tarjeta telefónica. Caminó y caminó por corredores y finalmente halló un sitio parecido a una farmacia. Vio a una linda francesita —ah sería tan fácil enamorarse de una mujer así, tener un *affaire* de último tango y registrarlo en su tablita de escribir— con sus dientes de conejo Buggs y su masticar de chicle atendiendo en el mostrador y le dijo algo semejante a *vule vu me doner una carte telefonique*. La mujer como si hubiera entendido perfectamente levantó un dedo displicente y señaló el horizonte, hacia el cual avanzó con alegría Pedrolleras sin saber a dónde iba. Cuando se percató que iba hacia el horizonte pero que el horizonte era de nuevo un laberinto de corredores sin solución, supo que la individua le había señalado otro teléfono. De modo que regresó a la farmacia y humildemente dijo *je ne parle pas fransua* y luego en lugar de hablar, se transformó en mimo, puso su mano plana, la introdujo en una ranura aérea entre el dedo pulgar y la palma de la otra mano, luego levantó un imaginario auricular y fingió hablar. La bella francesa —no podía ser otra cosa— sonrió, abrió las manos y dijo *helas*, buscó la tarjeta y la entregó. Pedrolleras miró el precio y literalmente dejó escurrir el ánimo como una indiscreta meada de perro a sus pies. Si compraba la tarjeta podría garantizar el irremediable inicio de su muerte por inanición. Gota a gota se iría el dinero. Pero ¿que hacer? La compró. Regresó pues al mismo teléfono de la gigante y suspiró: todo estaba bien, adelante. Levantó el auricular, introdujo la tarjeta, marcó un número y escuchó una sarta de instrucciones que no logró comprender. Extrajo su tarjeta, respiró profundamente y volvió a intentarlo. Ignoró la voz y comenzó a marcar números. Esperó. De nuevo la voz incomprensible de una anunciadora de supermercado. Pudo sacar en claro que el número era incorrecto. Para entonces ya las reservas de la tarjeta comenzaban a bajar. Finalmente se comunicó, pero no logró hacerse entender y supo que había llamado de nuevo a un número equivocado. Retiró la tarjeta, cerró los ojos con fuerza, se sentó en las maletas y quiso llorar. Entonces recordó que no era un miserable meteco sino Pedrolleras el grande, cuyo currículum ocupaba cuarenta y cinco cuartillas a espacio sencillo. Levantó la frente. ¿Te acuerdas Pedrolleras de tus dos conferencias en la Escuela de Bachilleres Antonio Nariño y cómo aquella concurrencia formada por la elite de los alumnos de aquel plantel permaneció estática escuchándote y luego te hizo preguntas durante dos horas? Pedrolleras infló su pecho y miró el río de gente que pasaba a su lado y súbitamente como una maldición y un rayo de luz vio a Renito Pardo, el escritor ecuatoriano que lo maldijo públicamente en un congreso en Tunja y que era un pobre mediocre, un miserable, un envidioso, pero hablaba español y francés y había hecho un doctorado en Tolouse (según supo de la

lectura pública del currículum del renacuajo). Haciendo un esfuerzo de voluntad se humilló, le tocó el hombro y le preguntó ¿te acuerdas de mí? Sí, dijo Renito, eres el crítico colombiano que se atrevió a anunciar la muerte literaria de García Márquez argumentando «esclerosis adjetival». Ese soy yo, dijo Pedrolleras conciliador, y quiero pedirte un favor, que me hagas una llamada telefónica. Renito esbozó una mueca de superioridad, introdujo la tarjeta, marcó el número y habló con una soltura asombrosa. Luego, dirigiéndose a Pedrolleras le dijo: “En la línea está un hombre que dice llamarse Eusebio Peláez, ¿a ese buscas?” Pedrolleras asintió y tomó el auricular, pero antes quiso poner una mano sobre la tabla de naufragio. Le preguntó a Renito a qué vienes. A la presentación de la traducción de mi novela más reciente. Pedrolleras asimiló el golpe casi inexpressivo. ¿Y dónde te quedas? En el hotel Montmartre. ¿Y tú? Vengo a dictar una conferencia ante la Asamblea de Gobernadores del BID. Una vez dicho lo anterior supo que había metido las patas hasta la coronilla: no podría pedirle asilo y ayuda a Renito. De modo que vio alejarse la mueca sarnosa de ecuatoriano por uno de los bruñidos corredores del aeropuerto Charles Degaulle. Buena suerte. El maldecido de Renito arrastraba elegantemente dos carritos Samsonite. Eusebio Peláez al teléfono: qué gusto de tenerte en París, ya te tocaba, con tantos honores que has cosechado, ahora debes conquistar la Ciudad Luz. Si, Eusebio, ya me tocaba. A ver cuándo nos vemos, dijo Eusebio Peláez, yo tengo tres días muy atareados, pero si quieres nos ponemos una cita en el Cafe Royal el miércoles a las dos (y aquí dijo una dirección que Pedrolleras no pudo tomar porque en ese momento se ocupó de pensar que todo en París todo se llamaba Royal). “Qué pena”, respondió Pedrolleras, “a esa hora tengo que estar con Marcelo Ferdinand, el secretario del BID”, pensando que la cuenta del café tendría que pagarla con sus pobrecitos dólares. Entonces no dudes en volver a ponerte en contacto conmigo, dijo Eusebio Peláez, disculpa, están llamando a la puerta. Clang, teléfono colgado. La mitad de la llave de París estaba perdida. Pedrolleras se volvió a sentar en las maletas, entrelazó los dedos y cerró los ojos. Le quedaba una carta: quince minutos de tiempo en la tarjeta. Volvió a abrirlas y pensó que era una criaturita de la creación y que Dios (con quien tenía, naturalmente, alguna relación particular, por no decir una vieja amistad) no lo iba a abandonar. Se dedicó a mirar a los que pasaban y estuvo sondeando la posibilidad de abordar a otro pasajero. Vio a una adolescente de pelo corto, tenis sucios, jeans rotos y bolsa de arpillera, gringa universitaria, se dijo. En un inglés bastante aceptable, con acento que quiso ser afectadamente londinense, le pidió que hiciera la segunda llamada. Respondió Gerardo, maessstro, gritó, dónde estás, en el aeropuerto de París, respondió, y más perdido que un pingüino en el desierto de Sáhara. Toma un taxi y vienes a mi casa, te espero con una botella de champaña en la hielera. Es que, dijo, tengo poco dinero, ¿no habrá otro medio

de transporte más económico? Gerardo explicó con detalle, mira caminas hacia La Gare Ouest y compras un tiquete de la ruta Strasbourg-Saint Germain y te bajas en la parada del Passage du Cerf, sales al Bar Royal (¡Royal otra vez! —debía ser una señal divina) y de allí vuelves a llamarme. Yo voy por ti. Pedrolleras siguió las instrucciones como si en ello le fuera la vida y pronto estuvo en los brazos de Gerardo. ¿En qué hotel te vas a quedar? No tengo hotel. Mira, en mi covacha no puedes quedarte porque estoy arrimado con mi hija en donde un africano que es muy celoso — ¿Querrá decir que mantiene relaciones inmorales con el africano? Pedrolleras no es moralista pero tiene noción de los límites de la elemental dignidad—. Está a punto de mandarme a la calle. ¿Que hacer? La Casa de los Inmigrantes. Yo te llevo, pero primero vamos por la botella de champaña. Compraron algo menos que champaña, sidra italiana, y la bebieron entre grandes celebraciones y añoranzas —los dos habían participado en el Taller Literario de Isaías en la Universidad Central, los dos compartieron la idea de ser genios en potencia—. Gerardo no dejó de lanzar exclamaciones, el grande, el coloso, el genial, el que se había enfrentado a los poderes infernales, ahora estaba en París. ¿Puedo ver la conferencia que vas a dictar? No la he escrito, dijo Pedrolleras, pienso improvisar. Siempre atendido a la diosa inspiración, mi coloso, dijo Gerardo. Luego lo llevó, pagando él un taxi destartado, a la Casa de los Inmigrantes. Allí, entre africanos y turcos no muy bien encarados y que ni siquiera se ocuparon de mirarlo, Pedrolleras pudo dormir vestido y extenuado su primera noche de pulgas parisinas. Al despertar supo que de alguna manera tendría que hablar con Ferdinand para definir la hora de la conferencia y explorar la posibilidad de un apoyo económico. La sede de la Asamblea de los Gobernadores del Banco estaba, por una milagrosa coincidencia, muy cerca de la Casa de los Inmigrantes. Pedrolleras planchó su traje grano de polvora —regalo de su hermano rico— y buscó sus zapatos estelares (de triple tacón). Halló con terror que había desaparecido la maleta de los zapatos y que sólo le quedaban los tenis con los que había dormido. Así se dirigió a la sede de la Asamblea. Su figura no era elegante de ninguna manera, pero sí categóricamente llamativa. El traje algo grande, la camisa un poco raída en el cuello y las mangas, el ánimo ondeando como una bandera tricolor en la cima de la Torre Eiffel. Estuvo haciendo antesala en un enorme salón totalmente rodeado de columnas y armando su espíritu para mostarse como lo que era, un guerrero de la pluma, un gladiador intelectual, que iba a dictar una conferencia ante los grandes de las finanzas latinoamericanas. Lo recibió el secretario del secretario, un costarricense amable, que hablaba en excelso diminutivo, y quien celebró la presencia de Pedrolleras. Ferdinand estaba muy ocupado con una comisión hondureña que había venido a pedir apoyo para la reconstrucción del país tras los pasados huracanes. De todos modos la cosa marchaba, su conferencia

estaba programada para mañana a las doce del día en el Palais des Noséqué y la expectativa era grande. Le entregó un programa de mano, en el que figuraba su nombre escrito de manera extraña, la hora, la dirección del Palacio y el pomposo apelativo del un salón asignado. Mañana te esperamos, bienvenido, hablarás ante *la creme de la creme de la intelectualité*, dijo acompañándolo a la puerta, una puerta como de castillo, por la que podrían pasar tres Pedrolleras uno sobre otro. Nuestro personaje regresó eufórico a la Casa de los Inmigrantes, pagó un almuerzo económico en el Café de la Lune, acompañado por una mujer muy maquillada, que se pasaba la lengua con poca delicadeza sobre unos labios pintados de un horroroso color morado y que logró hacer que nuestro héroe le pagara dos rondas de Ricard. Tras rechazar elegantemente las insinuaciones de la mujer, Pedrolleras se sintió viejo parisino y decidió que todo marchaba de maravilla. Sobre la misma mesa del café, utilizando su tabla de grandes eventos y su pluma imitación Montblanc, comenzó a tomar notas para su conferencia. El tema sería el papel salvador de la cultura latinoamericana al inicio del próximo milenio. Tres horas le bastaron para dejar a punto lo que iba a decir. La idea central era que la conservación de la especificidad cultural garantizaría un desarrollo particular en cada país y que habría un giro global desde el neoliberalismo hacia un humanismo integral. También agregó un punto polémico: la legalización de la droga serviría como una fuente de ingresos alterna y se llevaría a cabo una educación de los narcotraficantes para convertirlos en industriales. El papel de los artistas sería asesorar a los gobernantes para que comprendieran la función de apertura que la droga cumpliría. Pero no era esta idea la más agresiva, sino el remate de ella: la droga se convertiría en eje de la trascendencia: el hombre podría comunicarse gracias a sus efectos con el mismísimo Dios. Era un hecho: Dios estaría al habla cuando el hombre estuviese preparado. Con esta última idea Pedrolleras se aseguraba la atención de los medios de comunicación y posiblemente el acceso a algún tipo de comodidad. Tal vez podría cobrar unos francos por una entrevista exclusiva con *Le Figaro*. Quizá la editorial Grasset et Fraguette quisiera financiar una gira de conferencias promoviendo al emisario de este nuevo Dios domesticado. Esa tarde y esa noche Pedrolleras sintió crecer su alma a un ritmo que no sabía si iba a poder controlar. Intuyó, sincerándose consigo mismo, que en el puro fondo no era lo que todos creían: un farsante, un esquemático y risible fantoche. Empezó una de sus tradicionales expediciones —cada vez que estuviera en una ciudad desconocida se había prometido a sí mismo caminaría horas y horas, hasta apropiarse de la ciudad— que lo llevó a recorrer los Campos Elíseos de cabo a rabo. Entró a todos los museos que eran de acceso gratuito y recordó que una semana le había bastado para recorrer entera la isla de Manhattan, y pensó que toda esa experiencia le iba a servir de material inmejorable para sus notas autobiográficas —Pedrolleras

opinaba que todo hombre grande, tarde o temprano, debía tener la humildad de sentarse a hacer un balance escrito de su vida—. El hecho de que en realidad no hubiera estado nunca en Manhattan en cuerpo y alma, pero sí en la imaginación, no afectaba en un ápice su experiencia de la isla ni el mundo que adquirió en la fabricación de los detalles que le sirvieron para narrar su iluminador viaje. Así, con la conciencia tranquila y los pies ardiéndole y un hambre feroz, siguió caminando ya al borde de la alucinación. Súbitamente se percató que estaba en el punto donde se había encontrado con Gerardo Martínez: la calle Strasbourg-Saint Denis. Le regocijó saber que esa era la segunda vez que pasaba por el mismo sitio, lo que le proporcionó un sentimiento de pertenencia. Poco faltaba para que fuera ya un parisino hecho y derecho. Caminó con indiferencia muy profesional frente al Bar Royal, entró al Passage du Cerf, una calle empedrada que reflejaba los relámpagos de las luces de las *sex shops*. Un aire fantasmal rodeaba a mujeres de todas las nacionalidades que ofrecían crípticas caricias por cien o doscientos francos. (La frase es literal. La pronunció en la oficina sin rubor alguno en su conferencia de prensa a la hora del café.) Entró a la intersección de la rue Beauregard y Saint-Denis. Se detuvo bajo un enorme arco de los tiempos de Napoleón Primero. Sintió aquella edificación como una aureola, como una corona de olivos, como la definitiva exaltación de su persona. Contar la forma en que a partir de entonces pudo llegar a la Casa de los Inmigrantes, sería dispendioso y tal vez echaría a perder lo que ya llevaba ganado nuestro protagonista. Baste decir que estuvo perdido durante cinco horas, en las que pasó seis o siete veces por el mismo arco y que cuando encontró su nido de pulgas parisinas pudo dormir como un cosaco tras la batalla. A la mañana siguiente lo despertó Gerardo, quien lo llevó a desayunar como un auténtico sultán en un restaurante no del todo limpio. Si sabes vivir en París, puedes hacerlo con poco dinero, dijo el amigo. Regresaron a la Casa de los Inmigrantes, Pedrolleras vistió su traje grano de pólvora y juntos emprendieron camino hacia el Salón Oval del Palacio de Cornualles. Vas a ser testigo de mi conferencia, dijo ensanchando el pecho de paloma Pedrolleras. Pero no fue así. A la puerta un tipo inexpresivo —un ujier, aclaró el informante— le impidió el paso a Gerardo. Al ver el gafete de Pedrolleras, inclinó la cabeza y señaló el camino. Entonces Pedrolleras sintió que el corazón le pesaba mucho más que el alma y que comenzaba a escurrírsele por el pecho hasta la cintura y el suelo. De todos modos sonrió con aires de suficiencia y le dijo a Gerardo espero que mañana me veas en los periódicos. Y se despidió. Pasando una segunda puerta, un hombre de ademanes tan elegantes y ridículamente vestido como el anterior, lo tomó del brazo, le dijo *mesié Perulleró* como quien pronuncia el nombre y el año de un buen vino, y lo acompañó a una tercera puerta, donde un nuevo individuo lo recibió sonriente y lo llevó hasta una nueva puerta, incluso más estrecha. Allende ella halló a un hombre

que había visto en internet, con su biografía, su foto y su currículum. Era, ni más ni menos, Marcelo Ferdinand, Secretario General del BID. Lo abrazó con una efusividad muy chilena, le plantó un par de besos muy franceses y le dijo estaba seguro de que no nos fallarías. Luego, tomándolo del brazo, lo llevó hacia una nueva puerta, apartó una cortina y dijo, adelante. Tal vez Dante ante el desfiladero desde el cual se contemplaban los abismos del infierno no se hubiera sorprendido tanto como se sorprendió Pedrolleras (Textual.) Ante él había un podio iluminado por reflectores a los que poco a poco fue acostumbrándose y cuando pudo hacerlo vio un salón inmenso, colmado de personajes, entre los cuales, por inferencia no muy brillante, pudo concluir que estaban los Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, los magnates, los dueños de millones de dólares y estalló la sala en un aplauso ensordecedor y una voz en *off* anunció la conferencia de Juan Miguel *Perullero*, uno de los intelectuales más brillantes de la nueva generación que estaba emergiendo en Latinoamérica, autor de libros imprescindibles, traducido a todos los idiomas cultos. “Ese no es mi apellido y ese no es mi curriculum”, se dijo Pedrolleras, pero siguió sosteniendo la caña de pescar ante un pez más gordo de lo que había imaginado. Los aplausos se prolongaron lo suficiente para que Pedrolleras viviera un mundo de emociones que lo llevó desde el fracaso de su primera conferencia en la Librería Bucholz, a la que no asistió ni una sola persona, pasando por sus irresponsables discursos ante las Señoras de la Mesa Latinoamericana y los Caballeros del Club de Leones y llegando a la exitosa presentación del libro *Meditaciones Colombianas*, del eterno candidato a la presidencia Matías Jaramillo López, para desembocar, como por un desagüe, en ese enorme salón donde doscientos anteojos con aros de oro, cien rolex, cien *lap tops*, cien celulares y cuatrocientos ejecutivos del más alto nivel —el número era variable en la imaginación de Don Pedrolleras, podemos fácilmente disculpárselo—, estaban prestos a escuchar lo que podría ser el discurso del siglo. Pedrolleras recurrió al viejo truco de sacar sus papeles, leer la primera línea y luego dejarse llevar por los caminos de la improvisación. La verdad es que tenía un solo discurso armado, en el que repetía siempre lo mismo sobre la vida, el neoliberalismo, las mujeres, el destino del mundo, el papel del arte, la identidad latinoamericana, pero lo tenía tan bien armado, tan sabido, que bastaba tomar el hilo de la madeja y dejarse llevar hasta el fin, que era siempre un golpe abrupto, un corte de la realidad, exactamente cuarenta minutos después de haber iniciado, en el que, mediante una frase lapidaria, lograba amarrar todo lo anterior y dejar en el aire la idea de que había más, mucho más, secretos no dichos pero sobreentendidos, secretos que los agudos miembros del auditorio debían intuir.

Nunca había escuchado Pedrolleras un aplauso tan entusiasta, unos bravos tan conmovedores ni se había sentido a tal punto acosado por brazos abiertos,

fotógrafos, cámaras de televisión, hermosas hembras de altos muslos y alientos dudosos, sintió que aquella era precisamente la gloria de su rostro reproducido en fotos en diarios con los que se limpiarían el trasero los transeúntes de los autobuses que viajaban entre Bogotá y Cartagena. Pidió un instante para retirarse tras bambalinas y allí fue recibido por Ferdinand quien lo abrazó como quien abraza a un hijo perdido y le dijo *Perullero* querido, me vas a disculpar, pero ahora nos perteneces. Le entregó una agenda en la que estaban planeados los siguientes cinco días hora por hora: entrevista con *Le Monde*, con *Le Figaro*, con *La Revue Francaise*, *meeting* con el *board* de editores franceses, cena con *monsieur le Ministre* de cultura...

Pedrolleras pidió un instante para ir al baño, orinó generosamente, siguió preguntándose a qué obedecía ese cambio de nombre y de currículum, buscó una ventana propicia y huyó. Los cinco días siguientes logró sobrevivir gracias a Gerardo, que le ofreció un menú diario de arroz con huevo y mal vino, y a Eusebio Peláez, que lo llevó a comer en un gran restaurante y le dejó un billete grande dentro el manuscrito de su novela más reciente, dizque finalista en el Premio Anagrama e inmaculadamente inédita quizás hasta el fin de los tiempos.

Cuando Pedrolleras desembarcó en el aeropuerto de Eldorado, respiró el dulce aire de los eucaliptos a sus anchas, tomó un taxi desvencijado —había perdido el noventa por ciento de su equipaje y regalado todos sus libros a los latinoamericanos que se le atravesaron y se sentía amparado por una frase hallada en un libro de Saramago: *A los dioses pido sólo que me concedan no pedirles nada*— llegó a la su casa y supo que todo estaba bien en su vida. No había sido la primera ni la menos importante de las invitaciones, pero la había vivido con dignidad. Había hecho un mutis espectacular. Su sobrino lo recibió con una lista de deudas y una sonrisa sardónica. Pedrolleras aceptó su derrota: Miguelito era menos sabio pero más feliz: no creía en la gloria, creía en el dinero. Quienes sí lo recibieron —lo recibimos, confiésolo— como héroe —en broma, naturalmente— fueron los compañeros de oficina. Cuando se sentó en la silla giratoria de su cubículo como en un trono, volvió quizás a pensar que la gloria de su rostro reproducido en fotos de los diarios con los que se limpiarían el trasero los viajeros de los autobuses de tercera clase, era asunto en extremo intrascendente y que él prefería pasear por los parques en lugar de convertirse en bronce defecatorio. De una u otra forma, gloria o ignominia, todo había quedado registrado en su tabla de eventos y algún día tendría con qué alimentar su autobiografía. Todo hombre grande, tarde o temprano, debería tener la humildad de sentarse a hacer un balance escrito de su vida. Pedrolleras no tenía por qué ser la excepción.

Fingimos creerle todas y cada una de sus palabras. Al fin y al cabo la vida en la oficina ese día y todos los demás habría sido infinitamente más aburrida

sin él. Y después de todo: por qué tendría que haber mentido. En esta historia de Pedrolleras había por lo menos un elemento que nos hizo sentir que por primera vez había sido lo que de verdad quería ser.

Agosto 22, 2003